

CAPITULO VII

PASIÓN

El pesebre de Grecio.—Prueba. — Donación del monte Albornia.—Descripción.—Sed de la Cruz. — Última morada.—El Serafín.—Luz en derredor del monte.— Los estigmas y llaga del costado. → Calor que exhala Francisco.—Despedida.

.....
Ponme como un sello sobre tu
corazón, como un sello so-
bre tu brazo: que más fuerte
es el amor que la muerte.
.....

(*Cantar de los cantares*. capitulo VIII, ver. 6.)

Antes de referir los dolores del calvario franciscano, detengámonos un punto en las inocentes alegrías del pesebre de Grecio. Cuando Honorio III hubo aprobado la segunda regla, Francisco solicitó y obtuvo autorización para celebrar solemnemente en el caro conventillo la próxima Navidad. Con tal ocasión soltó Francisco la rienda a su poética y ardiente fantasía meridional. En una gruta de la montaña formó el establo, y sobre el heno del pesebre colocó la imagen del Salvador recién nacido; a su lado la Madre Virgen contemplándole amorosa, el

patriarca José velando a la criatura indefensa, la mula y el buey exhalando tibio aliento para calentar sus desnudas carnes. Por todo el monte sembró luminarias y repartió hachas encendidas a los frailes y al pueblo venido de los lugares comarcanos. Francisco hacía estos preparativos con júbilo infantil, con vivos extremos de gozo; y viendo admirados a los frailes, decía:—"Dejadme, hijos, dejadme, que yo soy el loquillo del niño de Belén, *fatuelus pueri Bethlehem.*"—A media noche, en el monte orlado de festones de luz, se celebró el oficio divino, haciendo de altar el pesebre, cantando Francisco el Evangelio revestido de diácono: era templo la naturaleza, cúpula los cielos, y muchos de los que con alma creyente asistían a la ceremonia vieron a un hermosísimo infante, vivo y trémulo de frío, que dejando el lecho de paja, iba a abrigarse en brazos de Francisco acariciándole.

Dos años había sufrido Francisco terrible prueba espiritual, y padecido gran sequedad y obscuridad interior, aquel estado que los místicos llaman desolación y es universal desamparo con falta de todo consuelo: desmaya el corazón, envuelto en tristezas, temores y desconfianzas, y en la oración no halla sino cansancio y hastío: momentos en que el Rey profeta gime que las aguas penetraron hasta su alma, y el Hijo del Hombre colgado en la Cruz exclama:—"Padre mío, ¿por qué me abandonásteis?" La tribulación se disipó como las tinieblas al rayar la aurora, cuando Francisco hubo oído una voz divina que le mandaba:—"Si tienes fe, coge esa montaña y trasládala a otro lugar."—"¿Cuál es la montaña?"—preguntó Francisco.—"La tentación."—"Hágase, pues"—pronunció con firme y vehemente voluntad, y en efecto, al punto dejó de pesar sobre su espíritu la enorme montaña y se halló libre de arideces y lleno de regocijo. A poco de la representación del misterio

en Grecia, pasó a predicar a Foligno, y acompañábale su vicario fray Elías, el cual de noche tuvo una visión: se le presentó un anciano sacerdote con blanca túnica, y le dijo:—"Ve y advierte a Francisco que ya se cumplieron diez y ocho años desde que renunciando al mundo se unió a Cristo, y que dos le quedan sólo de vida."—No bien recibió Francisco el aviso se retiró a su predilecto monte Albernia con cuatro compañeros que Celano designa por sus cualidades: Maseo, el fraile de la exquisita discreción; Rufino, el de la paciencia singular; Angel, el de la gloriosa sencillez, y León, el de cuerpo vigoroso y ánimo benigno. Estas eran las cuatro columnas en que Francisco descansaba (1).

Cómo vino a poseer Francisco aquellas breñas de Albernia, Gólgota de su crucifixión, lo hallaremos en las *Floreccillas*, referido con gran copia de pormenores. Yendo de Espoleto a Romanía, pasaron un día Francisco y León ante el castillo de Montefeltro, y vieron gran tropel de gentes regocijadas: el joven conde de Montefeltro acababa de recibir la orden de caballería y lo celebraba con banquete y festejos: oíase alegre relinchar de corceles, laudes de cantores provenzales y de juglares italianos llamados para amenizar la fiesta. Recordó Francisco cuán gratas habían sido a su mocedad las usanzas caballerescas, y dijo a León:—"Entremos, que vamos a armar un caballero espiritual."—Cruzó el patio de honor, subióse a un muro, y empezó a predicar tan elocuentemente sobre el tema:—"Tanto es el bien que aguardo, que me es deleite todo dolor" (2)—que así nobles como hombres de armas y vasallos allí reunidos interrumpieron juegos y solaces, y suspensos le oían. Entre los primeros se hallaba Orlando Catáneo, señor de Casentino: cuando Francisco bajó del improvisado púlpito, Orlando le llamó aparte.—"Padre—le dijo—, quisiera hablar contigo de la salvación de

mi alma.”—“Honra ahora el festín a que estás invitado—contestó Francisco—, que lugar habrá para que conversemos después.”—Así que Orlando se levantó de la mesa del banquete, buscó otra vez a Francisco, y después de muy larga plática:—“Padre—insinuó—, poseo en Toscana una montaña muy religiosa, llamada Albernia: es aislada, silvestre, conveniente para los que desean hacer penitencia lejos del mundo: si te agrada, te la daré para ti y tus compañeros en descargo de mis pecados.”—“Señor—respondió Francisco—, cuando vuelvas a tu castillo te enviaré algunos de mis discípulos; verán el desierto, y si realmente es propio para hacer vida religiosa, acepto tu caritativa oferta.”—Volvióse el conde Orlando a sus dominios, Francisco a Santa María de los Angeles, desde donde expidió dos frailes a Casentino, distante una milla de Albernia: y acompañados de Orlando y de una escolta de cincuenta hombres de armas para defenderse de los bandidos y las fieras, vieron el monte, cuya hórrida soledad les pareció a maravilla dispuesta para contemplación y retiro, y sobre empinada meseta entretejieron unas celdillas de ramaje, tomando así posesión del lugar.

Cuando supo Francisco la traza del monte, con alegre rostro dijo a los frailes:—“Hijos, cerca está nuestra Cuaresma de San Miguel Arcángel: pienso que sea voluntad de Dios la celebremos en esa montaña bendita.”—Tomó consigo a León, Angel y Maseo, y emprendió la caminata. Como fuesen aproximándose a la áspera falda del collado, y Francisco, exhausto con sus vigalias y ayunos no pudiese andar, pidieron a un pobre labriego les prestase su asno.—“¿Sois vosotros—interrogó el campesino— de esos frailes del fraile de Asís, de quien dicen tanto bueno?”—Al oír que para el fraile de Asís mismo le pedían la montura, la dió con gran reverencia; y andado un trecho de camino, preguntó a Francisco:—“Dime,

¿eres el hermano Francisco de Asís?”—“Sí”—dijo Francisco.—“Pues procura—repuso el villano—ser tan bueno como te creen las gentes: porque muchos tienen gran fe en ti: y así te amonesto a que no seas distinto de lo que esperan.”—Enamoró tanto a Francisco la rústica ingenuidad del buen hombre, que apeándose le besó los pies, agradeciendo el aviso. Se acercaban a la mitad de la subida, que era agria y el calor mucho; el labriego comenzó a gritar que moría de sed. Francisco se arrodilló poniéndose en oración, y de dura peña brotó un chorro de agua viva, en que todos se refrigeraron. A poco de llegados a la cumbre, Orlando acudió con provisiones para sus huéspedes: pidió Francisco que le edificase una ermitilla al pie de copuda haya, desviada un tiro de piedra de las celdas prevenidas para los demás frailes. El conde se ofreció a atender a la subsistencia de todos: mas no bien hubo Orlando tornado a su castillo, Francisco les dijo:—“No os atengáis tanto a la caritativa promesa de Orlando, que en algo ofendáis a la santa pobreza nuestra señora (3). Tened por cierto que cuanto más despreciemos la pobreza, más nos despreciará el mundo, y más necesidad padeceremos; pero si estrechamente nos abrazamos con la santa pobreza, el mundo correrá a nosotros y nos dará copioso sustento.”

Singular complacencia probó Francisco en el apartamiento del monte. Es Albernia el más alto collado de la cordillera de los Apeninos; conjunto de enormes peñascos y hondos precipicios, lamen sus faldas el Arno y el Tíber. Por tres lados es enteramente inaccesible, y de una sola parte le dan entrada bravías trochas, más que para planta humana, dispuestas para la pezuña de la cabra montés. Corre por sus flancos algún riachuelo, y a veces frondoso grupo de hayas presta sombra a las calcinadas peñas. De las fisuras del terreno brotan yerbas aromáticas

y medicinales, y alza sus talles y su flor rastrera, defendida por espinosas hojas, la *imperial*, que la tradición supone fué señalada por un ángel a Carlomagno, como remedio a la peste que invadía la armada franca (4). El ambiente, dilatado, puro y limpio, propaga con extraña intensidad el sonido en aquellas latitudes; y cuando el conde Orlando, a fuer de generoso huésped, hubo descolgado la campana de su torre señorial para ofrecerla a los solitarios, el tañido melancólico despertó con vibración grave los múltiples ecos de la montaña. Francisco vivía en íntima familiaridad con árboles, arroyos y grutas. Ni uno solo de aquellos riscos ignoraba los rezos y éxtasis del penitente. Un halcón, morador del haya que sombreaba la celda, de tal suerte llegó a acostumbrarse a la presencia de Francisco, que doméstico y cariñoso bajaba a comer en el hueco de su mano. Pero los breñales son albergue de fieras, y en Albernia vivía una de las más sanguinarias, un hombre expulsado de la sociedad, un facineroso sármata, que perseguido por sus fechorías había huído de su tierra, y se cobijaba en las madrigueras del collado, bajando a veces al llano a despojar y asesinar viajeros; por su crueldad, los campesinos, espantados, le llamaban el *Lobo*. Enfurecido con la instalación de los frailes, se presentó un día ante ellos profiriendo amenazas; Francisco le tendió los brazos, y el bandido cayó a sus pies demandándole el sayal; en vez de *Lobo*, Francisco le llamó *Cordero*, *fratè Agnello*: recuerda esta tradición una masa de rocas, mayor que las restantes, y de ellas separada por un abismo que cruza frágil puente, sitio salvaje conocido hasta el día de hoy por *Sasso de fra Lupo*. Parece que, a imitación de sus fieros habitantes, se rindió también al amoroso conjuro de Francisco el montaraz desierto, puesto que la leyenda afirma que Albernia, árido al pisarlo los frailes, se cubrió después de lozano verdor.

Cuando Francisco se recogía a la celdilla para meditar y orar, sólo fray León, la *Ovejuela* predilecta, penetraba en su retiro llevándole pan y agua. Un día halló a Francisco arrobado, alzado del suelo, y sobre su cabeza vió áureo letrero que decía:—"Aquí está la gracia de Dios."—En el mismo lugar, y para consolar a León de una interior congoja, escribió Francisco la bendición que se ha conservado y transmitido hasta nosotros (5). Era fray León confidente de los tiernos secretos de su maestro; en cierta ocasión, como se disponía a tender los manteles sobre una larga losa que servía a Francisco de mesa, éste se alzó con ímpetu y exclamó:—"Hermano Ovejuela, sobre esa losa se me ha aparecido nuestro Salvador Jesús; prepara bálsamos y perfumes para ungirle, que es el ara de Dios" (6).—No tenían tan dulce sabor todas las visiones de Francisco; otras veces eran obsesiones tremendas; Satanás intentaba precipitarle de altísimo tajo a pavorosa sima, y al asirse los crispados dedos de Francisco al granito de la roca, se ablandaba, permitiendo que hiciese presa y se sostuviese sin rodar al despeñadero.

Cuando Francisco, recibida la advertencia del plazo de su muerte, subió por última vez a la amada montaña, entendió dentro de sí que algún extraordinario acontecimiento le estaba apercibido. Para consultar la voluntad divina, se valió del medio que había empleado cuando comenzaba a sentir las ansias de la vocación; tres veces hizo que la Ovejuela abriese el Evangelio, y otras tantas salió la pasión de Cristo. Con esto se le hizo patente que, cumpliendo sus más fuertes deseos, iba a participar de los dolores y suplicios de la Pasión. Siempre anhelaba ajustarse en todo al modelo de Cristo, como se ve por muchas acciones de su vida; pero especialmente quería identificarse con sus suplicios y muerte. Se le abrasaba el alma en aquella sed inextinguible de sufrimiento y

cruz que consumió a las más elevadas y heroicas de la Edad Media. Como San Bernardo, ansiaba Francisco hacer con los dolores del Salvador un ramillete de mirra y ponérselo en el seno, y no apartarlo de sí nunca. Continuamente se ofrecían a su imaginación las afrentas, martirios y escarnios padecidos por Jesús, y veía representada la tragedia del Gólgota. Las imágenes del Crucificado le movían a tal piedad, que parece que le llevaban tras sí las entrañas. Solía abrazar los pies del Crucifijo, exclamando:—“¿Por qué estás tú en la Cruz y yo no?”—“En nada debemos gloriarnos (decía también) sino en la Cruz de Cristo, llevándola y padeciéndola con él a todas horas.”—“¡Pájaros, suplicaba a las aves del monte Albornia, no cantéis, sino gemid; hermanos arroyuelos, lloremos juntos; y vosotros, árboles, no enderecéis las ramas al cielo, antes dobladlas y unidlas en figura de cruz!”—Su enajenamiento llegó a tanto, que ni le bastaban los ojos para las lágrimas, ni le cabían en la boca las quejas, ni en el corazón los suspiros. Le preguntaban la causa del continuo llorar, y respondía:—“Lloro por la dolorosa y amorosa Pasión de Cristo.”—En sus oraciones solicitaba para su cuerpo los suplicios de Jesús, y para su espíritu el amor desmedido que le hizo soportarlos. Subían de punto estos afectos en la cueva de la montaña, cuyos cóncavos creía Francisco haber sido abiertos por el terremoto que sacudió al orbe en la agonía del Salvador (7). En suma, engolfado Francisco en el amargo mar de la Pasión, y sediento del acerbo licor bebido por Cristo en el cáliz del monte Olivete, no había en sí y sentía arrancársele el alma a puras violencias del deseo, que no parece que la tuviese en donde tenía su cuerpo ya. Muerto del todo a las cosas del mundo, las potencias dormidas, vivo sólo el amor, se abrazaba con la Cruz, derritiéndose todo en anhelos de sentir en carne y espíritu los dolores

de la víctima de paz. Después de pasar por la tribulación de tristeza y frialdad que dijimos, era llegado a aquella Morada sexta que explica nuestra mística doctora, donde el alma, habiendo conocido más y más en las cinco anteriores la grandeza de Dios, y hallándose al par tan ausente y apartada de gozarle, ve crecer con el amor el deseo, y a veces por mínimas circunstancias, por un ligero pensamiento, por una palabra, se siente herir de un ímpetu amoroso, como rayo o saeta de fuego que ata las potencias y las anonada; hasta aquí se rendía a la voluntad de Dios, ahora ya no es señora de su razón, ni hay criatura de la tierra que le pueda hacer compañía sino sólo el objeto amado; y perdidos los estribos de los sentidos en este traspasamiento y arrebató, tan imposible viene a ser resistir sus extremos, como estando metido en llamas no quemarse (8). Ya la gracia, arrolladora y pronta como un torrente, se disponía a subir a Francisco hasta la inefable Morada séptima, última que en la tierra puede habitar el espíritu humano. Al llegar aquí todo agiógrafo moderno cede la palabra a San Buenaventura, persuadido de no poder competir en la narración del misterio del Gólgota franciscano con el filósofo, el poeta, el santo, el que inflamó su inteligencia en la misma hoguera que consumía el corazón de Francisco. Diga, pues, el Seráfico doctor, los arcanos amorosos de los serafines.

“Cuando el fiel siervo y ministro de Dios, Francisco, dos años antes de dar el espíritu, hubo empezado el ayuno cuaresmal a honra del Arcángel Miguel en el lugar eminente llamado Albornia, rebosó más de lo acostumbrado dulzuras de contemplación, y encendido en llama ardentísima de celestial deseo comenzó a sentir en mayor copia los dones y carismas de la gracia. Mientras por el seráfico ardor de sus ansias se elevaba a Dios, y por compasiva ternura

transformábase en el que por caridad quiso ser crucificado, he aquí que una mañana, hacia la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz (9), orando en un lado del monte, vió la especie y forma de un serafín con seis alas tan resplandecientes como fogosas, quien con gran celeridad descendía volando hasta el hombre de Dios; y quedándose suspenso en el aire, apareció a un tiempo alado y crucificado: brazos y pies extendidos y fijos en cruz, y las alas en disposición maravillosa; porque con las dos superiores ceñía la cabeza sin esconder la hermosura del rostro, y las dos inferiores cubrían y ocultaban como un velo todo el cuerpo, y con las dos de en medio volaba. Pasmóse de admiración Francisco, y batalló entre el dolor y el gozo: éste causado por la belleza de la aparición que le favorecía, aquél por el cruento espectáculo del suplicio, que le traspasaba el alma. Mas por inspiración del mismo que se le aparecía comprendió que si bien el padecimiento no concordaba con la impassibilidad de la seráfica naturaleza, la visión se le ofrecía en aquel aspecto porque entendiése que no con martirios de la carne, sino con incendios del espíritu, debía transformarse en imagen y semejanza de Cristo crucificado. Desapareció la visión después de familiares y misteriosos coloquios, y hallóse Francisco inflamado interiormente con ardor seráfico, y exteriormente marcada su carne con la perfecta imagen del crucifijo: no de otra suerte que la cera blanda a los halagos del fuego fácilmente se impresiona y recibe la imagen del sello que se le aplica. Instantáneamente empezaron a descubrirse en manos y pies los clavos, cuyas cabezas en las manos sobresalían de las palmas, y por la parte contraria sus retorcidas puntas: por el opuesto en los pies sobresalían ras cabezas a los empeines, y las puntas retorcidas en las plantas; y en el lado derecho se descubría una cisura ancha y profunda, como si se hubiera formado con

el hierro de una lanza, con labios rubicundos de la sangre, que vertían tanta que a veces teñía la túnica y paños menores" (10).

No dejó Francisco escrito cuál fuese el estado de su alma después de recibidos los estigmas, pero imaginémoslo según los transportes que de sí refiere nuestra Doctora al sentir el dardo de oro y llama con que le transverberaba las entrañas Cristo en forma de serafín.—“Era tan grande, dice Santa Teresa (11), el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensase que miento.”—Recordemos las cláusulas ardientes del poeta que en *In foco* parafraseó los gemidos de amor de Francisco, los arrobos y sabrosas penas de su martirio deleitable.—“En una hoguera me puso el amor: el amor me puso en una hoguera, ¡hoguera de amor! El amante corderillo, mi nuevo esposo, me dió una sortija: prendióme, y después me hirió con un puñal, partiéndome el corazón: partióme el corazón, y mi cuerpo cayó en tierra. Despide el carcaj del amor flechas mortales: en guerra se trocó mi paz, y de amor expiro” (12).—Pinta aquí el poeta el instante de la lucha: mas ya logró el alma victoriosa remontarse hasta la Morada séptima, donde Dios le comunica la más subida merced; no puede apartarse de él, y es su relación más estrecha aún que la del desposorio, pues los desposados y unidos son dueños de separarse; pero acá el alma ya se juntó a Dios como el agua del cielo que cae en un río o fuente, como la luz que entra por dos ventanas de una misma pieza y se mezcla, que aunque entra dividida, se hace den-